

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Instituto do Açúcar e do Alcool. Documentos Históricos. I. *Os Holandeses no Brasil*. JAN ANDRIES MOERBEECK: *Motivos porque a Companhia das Indias Ocidentais deve tentar tirar ao Rei da Espanha a terra do Brasil*. Amsterdam, 1624. *Lista de tudo que o Brasil pode produzir anualmente* (1625). Trad. del Rev. P. Fr. Agostinho Keijzers, O. C., y José Honorio Rodrigues. Prefacio, notas y bibliografía de José Honorio Rodrigues. Rio de Janeiro, 1942, 56 p.

Los dos documentos que contiene este folleto habían sido publicados ya por el órgano oficial del Instituto del Azúcar y del Alcohol (1942, vol. XIX, nº 3), *Brasil Açucareiro*, y aparecen ahora como separata de esa publicación; son además una promesa de primer número de una serie de documentos históricos relativos a la historia económica del Brasil, más o menos directamente relacionados con la producción de azúcar.

La obra de Moerbeek, aunque olvidada hasta hoy, había sido utilizada por autores de mediados del siglo XVIII y otros de fines del XIX y principios del XX, pero el segundo documento, la *Lista de todo lo que Brasil puede producir anualmente*, no figura en las bibliografías más completas, ni nadie había parado mientes en él, calificándose en el prólogo de la obra de "sensacional".

La obra de Moerbeek está dividida en veintiún capítulos que contienen otras tantas razones para que la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales se apodere del Brasil, y constituye un ejemplo precioso de mentalidad y estilo mercantilista, del clima mental de la época en lo que respecta a España. Si hubiéramos de resumir el pensamiento del autor en una frase podríamos usar ésa de tanto abolengo: "el dinero es el nervio de la guerra". Quitar Brasil a España es privar al odiado enemigo de los medios necesarios para conducirla. El autor cita toda una serie de ventajas, logradas por procedimientos que no podríamos calificar de intachables; la inmoralidad rampante del mercantilismo en todo su esplendor, la piratería, etc., impregnan las páginas, haciéndose en cada caso un avalúo, en toneladas de oro, de la ganancia que podría conseguirse por cada partida. No deja de ser divertido que, en una de esas enumeraciones, se diga que de la comunidad ahí residente (Brasil) "la Compañía de las Indias Occidentales podrá sacar anualmente" por lo menos de tres a cuatro toneladas de oro *mediante empleo de buenos procedimientos, cuya enumeración es aquí innecesaria* (!!).

El historiador encontrará en la obra datos de sumo interés, y el estudioso de las doctrinas tampoco quedará defraudado con la lectura, pues junto a las consideraciones de táctica militar y las listas de beneficios a sacar de Brasil, aparecen mezcladas las opiniones de Moerbeek sobre los precios, la navegación, las artes, la exclusión de extranjeros, atracción de capitales, etc.

Ya no están de moda los tiempos en que se podían tratar con desdén

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

las "falacias" mercantilistas de la acumulación de metales preciosos, del proteccionismo, etc. Desde que Keynes hizo una exposición de las doctrinas mercantilistas aplicándole su terminología de "propensión a consumir", "eficacia marginal del capital", etc., las ideas del siglo xvii parecen mucho más modernas que las de principios del siglo xx. Las opiniones de Moerbeek sobre la guerra económica tienen una actualidad cruel.

Hagamos votos por que el Instituto del Azúcar y el Alcohol siga con sus publicaciones de tipo histórico con la misma seriedad y éxito con que se iniciaron.—/ M.

Carlos M. GIULIANI FONROUGE. *Anteproyecto de Código Fiscal*, precedido de un estudio sobre lo contencioso-fiscal en la legislación argentina y comparada. Buenos Aires, 1942. Seminario de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Pp. xx-528.

Una obra jurídica especializada forzosamente se dirige a grupos seleccionados de lectores, y por esta razón el autor no puede prescindir de las reacciones particulares de su público. Pero el profesor Giuliani Fonrouge, director del Centro de Estudios Financieros de la Universidad de Buenos Aires, ha sabido dar tal claridad a su pensamiento de jurista, que aun sobre las personas que no tengan una preparación especial deberá ejercerse la fuerza de argumentación del escritor.

Evidentemente, no es ésta una obra —para decirlo en jerga universitaria europea— que pueda "digerir un primario"; sin embargo, es accesible y tiene derecho de ciudadanía en una esfera mucho más amplia que las acostumbradas para libros de esta naturaleza.

Carlos Giuliani Fonrouge es abogado y es profesor. Como abogado, tiene la rapidez casi intuitiva del análisis y la facultad de subir a las síntesis duraderas. Como investigador, sabe ordenar su exposición, aun en el eclecticismo más liberal, y presentar sus ideas —fuera de la aridez que dimana de la misma naturaleza de la materia— en forma clara y hasta atrayente, debido a un esfuerzo constante y al amor que pone en su misión docente.

No es posible resumir en una breve nota el importante libro. Sólo quiero recordar que, fuera del examen de las cuestiones técnico-jurídicas especiales, se enuncian en esta obra varios problemas de carácter más amplio, además de ofrecer un proyecto moderno y completo de código fiscal.

Si es verdad, como lo escribió el ilustre profesor Mario Pugliese, ahora difunto, que el Código Fiscal de México "representa indudablemente, por los correctos principios doctrinarios en que se ha inspirado, por el sentido orgánico y moderno de su sistema, uno de los mejores textos legislativos aparecidos en los últimos veinte años en materia financiera" (*El Trimestre Económico*, abril-junio 1940), me permito decir que el proyecto ahora publi-

EL TRIMESTRE ECONOMICO

cado, después de largos estudios y profundas investigaciones, por el distinguido profesor de Buenos Aires, es superior al código vigente en México, por haberse podido aprovechar los resultados concretos y las observaciones atinadas que se hicieron en los tres últimos años.

La inspiración de orden práctico para escribir ese importante libro vino a Giuliani Fonrouge por la necesidad de ofrecer a su país un proyecto serio y moderno de código fiscal que eliminara los inconvenientes de la confusa legislación actual que provoca forzosamente un sinnúmero de conflictos e induce a contradicciones peligrosas en muchísimas sentencias.

Sin embargo, al redactar su proyecto, el autor no tuvo presentes sólo las exigencias de orden práctico y quiso estudiar, en una comparación detallada y difícil, los varios sistemas e institutos fiscales actualmente en vigor en otros países, y coordinar, en un esfuerzo de unificación, todo lo mejor que existe en ellos, para que el proyecto argentino tuviera bases científicamente inobjetables.

Así, pues, el proyecto que tenemos a la vista responde a las necesidades actuales de la Argentina en esa importante materia; pero, aun cuando el gobierno de aquel país no lo aceptara integralmente, de cualquier manera deberá considerarlo como una base teóricamente correcta y prácticamente adecuada para ulteriores elaboraciones.

En ese sentido ya se han expresado los pocos especialistas que —en la Argentina y fuera— se han dedicado a esos estudios, y generalmente se ha reconocido el valor teórico-práctico del proyecto Giuliani Fonrouge, al cual, eventualmente, un reducido núcleo de técnicos podría aportar algunas modificaciones de detalle, en relación sobre todo con las exigencias de su aplicación en un período transitorio que conviene prever y que ofrecerá ciertas dificultades.—/ S.

Adam SMITH, *Teoría de los Sentimiento Morales*. Introducción de Eduardo Nicol, traducción de Edmundo O'Gorman. México, El Colegio de México, 1942. 168 pp. \$ 3.00.

La Colección de Textos Clásicos de Filosofía, que bajo la dirección del Lic. Eduardo García Maynez edita el Colegio de México, presenta al público interesado en los temas filosóficos un texto más. Esta vez se trata de una cuidadosa selección de la *Teoría de los sentimientos morales* del famoso autor de *La riqueza de las naciones*, Adam Smith. Es de hacerse notar que tanto la traducción como la introducción se hermanan por su claridad; la primera estuvo a cargo de Edmundo O'Gorman, la segunda al de Eduardo Nicol.

Adam Smith es la expresión más auténtica de la Burguesía ascendente. La obra que le inmortalizase, *La riqueza de las naciones*, es la expresión de

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

la lucha de esta Burguesía contra uno de los últimos obstáculos con el cual tropezaba en su desarrollo; este obstáculo era el Estado. El Estado trataba de intervenir en la vida económica de una burguesía cada vez más floreciente por medio de múltiples reglamentaciones. Se trató de reglamentar la Industria en sus diversos aspectos: salarios, contratos, ganancias, precios, etc.; pero tales reglamentaciones resultaban inútiles, los pueblos en los cuales era más floreciente el comercio eran los que menos caso hacían de ellas. Para limitar esta inútil intromisión del Estado en lo que la Burguesía consideraba como de su vida privada, era menester una teoría que demostrase tal caso. Adam Smith es el autor de esta teoría.

Smith trata de mostrar en *La riqueza de las naciones*, cuáles son los principios adquiridos de la Riqueza. Estos principios se encuentran en el individuo. El individuo, al tratar de satisfacer su naturaleza, lo que le es propio, satisface por carambola las necesidades de los otros, de la comunidad en que vive, la sociedad. Lo que el hombre hace por su propio bien redundante en un bien social. "Una mano invisible —nos dice Smith— le conduce a promover un fin que no era parte de su intención." En la medida en que el hombre obre con más libertad, mayor será el bien social que realice. Limitar al individuo es limitar el bien social. Es menester eliminar toda coerción en este libre hacer individual, hay que dejar hacer, *laissez faire*. Este *laissez faire* es el grito de guerra de la Burguesía en el siglo XVIII.

De acuerdo con este *dejar hacer* proclamado por la Burguesía en la época de Adam Smith era menester reducir las funciones del Estado a sus más estrechos límites. El mejor gobierno será el que menos gobierne. Había que dar al Estado una tarea que se conformase con esta teoría del *dejar hacer*. Esta tarea no podía ser otra que la del vigilante, la del que cuida de que nada ni nadie estorbe esta libertad de hacer. En una palabra, la tarea que corresponde a un Estado dentro de una concepción individualista, es la de *gendarme*; surgiendo así el conocido Estado Gendarme. La misión de este Estado no puede ser otra que la de protegernos contra la injusticia y la violencia y sobre todo contra la violencia hecha contra la propiedad privada. Smith resume esta concepción del Estado en un párrafo de *Los sentimientos morales*: "La única causa de los efectos fatales que acarrea un mal gobierno, es que no imparte suficiente protección contra los daños a que da lugar la maldad de los hombres."

La *Teoría de los sentimientos morales* es el ineludible complemento de la teoría expuesta en *La riqueza de las naciones*. Era menester justificar dicha tesis mostrando cómo el hombre es el mejor dotado para juzgar de sus propias acciones; mostrando cómo no hay motivo suficiente para desconfiar de la acción individual. Había que mostrar cómo las acciones que libremente realiza el individuo redundaban en un bien social. Había

EL TRIMESTRE ECONOMICO

que justificar el individualismo sin perjuicio de la sociedad. Esto es lo que se intenta en la obra que se comenta.

“Por más egoísta que quiera suponerse al hombre, evidentemente hay algunos elementos en su *naturaleza* que lo hacen interesarse en la suerte de los otros de tal modo que la felicidad de éstos le es necesaria, aunque de ello nada obtenga, a no ser el placer de presenciársela.” Por *naturaleza* el hombre se interesa por *los otros*, es decir, por la sociedad, por sus convivientes. El hombre es feliz si los demás son felices y desgraciado si los demás son desgraciados. Sin embargo, esta felicidad y esta desgracia no es como podría suponerse el resultante de un proyectarse en la felicidad o desgracia de los otros; sino de un sentir esta felicidad o desgracia desde la circunstancia del que observa tales. El individuo no entra en la circunstancia de los otros hombres desde lo que sería su propia felicidad o desgracia de encontrarse en circunstancias semejantes. El hombre de Smith entra en la circunstancia de los otros pero arrastrando consigo su propia circunstancia. Podemos decir que ve la circunstancia de los demás desde su circunstancia. El individuo está incapacitado para comprender las *verdaderas* circunstancias de los demás; a lo más que puede llegar es a una simpatía, la cual no opera sino cuando ha dado el visto bueno a las acciones de los otros; y para que dé tal visto bueno es menester que estas acciones sean conformes a las que él realizaría en circunstancias parecidas. De hecho no importa el otro, lo que importa es que las acciones de este otro sean conformes a las acciones que hubiera realizado el simpatizante de encontrarse en el mismo caso. El individuo es la medida de la sociedad, el *Yo* la medida de *los otros*. La convivencia es posible porque cada hombre puede entrar en las circunstancias de los otros por medio de la simpatía pero sin abandonar su propio punto de vista, el conforme a sus intereses. “El hombre, si bien naturalmente inclinado a la simpatía, jamás logra concebir lo que a otro le acontece, con la misma viveza pasional que anima a la persona afectada.”

Este juzgar a los otros por medio de una determinada pauta que el individuo impone en sus juicios, conduce a la cuestión sobre el origen de esta tal pauta. El hombre juzga a sus semejantes por lo que él mismo haría de encontrarse en circunstancias parecidas. Aprueba o desaprueba la conducta de los otros midiendo tal conducta por la propia conducta; ahora bien, esto conduce al origen de la aprobación de la conducta propia; al “principio de la aprobación y reprobación de sí mismo”. A esta cuestión nos contesta Adam Smith: “Aprobamos o reprobamos la conducta de otro, según que sintamos que, al hacer nuestro su caso, nos es posible o no simpatizar cabalmente con los sentimientos y motivos que la normaron. Y, del mismo modo, aprobamos o reprobamos nuestra propia conducta, según que sintamos que al ponernos en lugar de

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

otro y como quien dice mirar con sus ojos, y desde su punto de vista, nos es posible o no simpatizar cabalmente con los sentimientos y motivos que la determinaron." El individuo se juzga a sí mismo objetivándose, proyectándose, saliendo fuera de sí y considerándose a sí mismo como si fuera el otro, y con esta máscara del otro se juzga. Dice Smith que se pone en lugar del otro y desde este punto de vista se juzga a sí mismo; pero en realidad nunca logra ponerse en lugar de ese otro, lo único que hace es imaginarse como si fuera otro. Smith considera a la sociedad como espejo de la conducta del individuo al decirnos "Incorporadlo a la sociedad e inmediatamente estará provisto del espejo de que antes carecía". Sin embargo, si analizamos mejor observaremos que es lo contrario, que no es la sociedad el espejo del individuo, sino el individuo espejo de la sociedad.

El hombre de Smith no se juzga a sí mismo desde el punto de vista de la sociedad, sino que al juzgarse juzga a la sociedad, se imagina como si fuera otro, como si fuera uno de los otros que forman la sociedad. Se sitúa a sí mismo ante un espejo y juzga a su propia imagen como si fuera otro distinto de él. Se contempla a sí mismo y se juzga como si fuera un desconocido, un miembro ajeno a sí; se sitúa como paciente de las acciones de ese su yo objetivado. Entonces juzga si sus acciones son buenas o malas, si ha obrado moral o inmoralmente. Y es de acuerdo con este juicio de sí mismo como se siente digno de la sociedad o no. "¿Qué mayor felicidad que la de ser animado y saber que merecemos el amor? ¿Qué mayor desdicha que la de ser odiado, y saber que merecemos el odio?"

Aquí cabe aquel "No hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti". En esta forma el individuo salva su individualidad no penetrando en la individualidad de los otros ni permitiendo que los demás entren en la suya. De lo que no quiera que los demás le hagan sacará las reglas de lo que no debe hacer. Smith trata de concordar el Individualismo con la convivencia, el individuo con la sociedad, y esto lo logra a cambio del sacrificio de la segunda. Entre individuo e individuo se pone un muro donde no hay más relación que la simpatía, es decir, el saber que concuerda con los otros en su respeto a tales muros. El hombre es libre para hacer lo que quiera salvo invadir la libertad de los demás, porque esto permitiría a estos demás intervenir en su libertad. De aquí la antipatía por todo exceso y la prescripción de toda pasión. Al Estado corresponde la misión de limitar y castigar tales excesos, la misión de cuidar de que nadie salte a la tapia del vecino. Es ésta la expresión de la moral del "buen burgués" del siglo XVIII.—L. Z.

EL TRIMESTRE ECONOMICO

Karl MANNHEIM, *Libertad y planificación social*, versión española de Rubén Landa. México, Fondo de Cultura Económica, 1942. 450 pp. \$ 12.00.

En *Ideología y Utopía* —el libro que la crítica ha considerado como uno de los más importantes de nuestro tiempo— el pensador alemán Karl Mannheim, ahora en tierras de libertad, al igual que otros pensadores de nuestra época, se hacía cuestión de la crisis y desorientación de esta nuestra época. Entre otros muchos temas se planteaba el de la falta de correlación entre la teoría y la práctica. La teoría había dejado de ser un instrumento de la práctica convirtiéndose en un artefacto inútil. En vez de ser un instrumento para obrar sobre la realidad se había transformado en enemigo de ésta pretendiendo detenerla en su marcha. La realidad se puede conducir pero no detener; la teoría trató de detenerla al querer que se conformase con sus rígidos lineamientos. El resultado ha sido esta falta de correlación entre la teoría y la práctica. La teoría ha quedado fuera de la corriente de la realidad, fuera del tiempo, fuera de la historia. De aquí que nuestra época esté acéfala, sin cabeza, abandonada a la pura realidad, sin orientación alguna. Nuestra época no tiene más guía que la vida misma, lo instintivo, lo irracional.

Ahora bien, el inmediato responsable de esta falta de responsabilidad es el autor de la teoría, el intelectual. Es el intelectual el que no ha sabido estar a la altura de su tiempo, el que ha pretendido estar fuera de su tiempo, idiotizado por un instrumento que creía infalible, todopoderoso, su inteligencia, su razón. La realidad debía subordinarse a esta poderosa razón, si no se subordinaba “peor para la realidad”; sin embargo, la realidad siguió su marcha y la razón quedó en el pasado considerada como un instrumento inútil. Y con ello quedó el intelectual, sin prestigio alguno. Mannheim invita en este libro a la responsabilidad del intelectual. La inteligencia debe volver por sus fueros encarándose con la realidad y procurando dar soluciones a los problemas que presente; pero no soluciones eternas, de una vez y para siempre, sino soluciones que sean conformes con una realidad siempre en marcha. El intelectual debe marchar cabalgando sobre la realidad, guiándola hacia los fines propios del hombre.

Fruto de esta preocupación y aplicación de tales ideas es *Libertad y Planificación* —obra del mismo autor cuya traducción al español, al igual que *Ideología y Utopía*, nos es ofrecida por el Fondo de Cultura Económica—, intento de solución a uno de los problemas más graves de nuestro tiempo, el problema de la libertad individual. Mannheim se pregunta si es posible la libertad del individuo dentro de los sistemas de ordenación social o planificación hacia el cual se orienta nuestro tiempo. Es decir, ¿es posible la libertad en una sociedad planificada? ¿Es posible una dictadura democrática?

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Mannheim nos muestra cómo es imposible seguir hablando de una democracia del tipo de la democracia liberal del siglo XIX. Este sistema democrático basado en un *laissez faire*, en un dejar hacer, ha pasado a la historia, ha llegado a su fin. Hay un cambio en la estructura de la sociedad al cual deben adaptarse las democracias si quieren evitar caer en el totalitarismo. La estructura social ha sufrido grandes transformaciones y ha sido la incapacidad de adaptación a tales transformaciones de los gobiernos democráticos, lo que ha originado el tipo de adaptación de las dictaduras totalitarias. Las democracias se han mostrado incapaces para ofrecer una solución racional a los problemas de la sociedad contemporánea. Falso de esta solución y necesitando con urgencia de ella, el hombre, no ha tenido más remedio que adoptar las soluciones irracionales del totalitarismo, basadas en el conformismo y la barbarie. De aquí que, si no se quiere que los últimos reductos de la democracia se pierdan, es menester transformarla adaptándola a las nuevas circunstancias y no continuar empeñándose en sostener un tipo de democracia fuera de nuestro tiempo y por lo mismo inútil. "Del naufragio del liberalismo —dice Mannheim— sólo se pueden salvar sus valores, entre otros la creencia en una personalidad libre. Pero su técnica, que está basada en el principio del *laissez faire*, ha pasado para siempre."

En las democracias los hombres siguen pensando con términos del liberalismo, pero el sentido de tales términos ha cambiado, al cambiar las circunstancias en las cuales se originó. Las circunstancias actuales hacen imposible la adopción de términos cuyo sentido sea el mismo que tenían en el liberalismo.

Ahora bien, es menester estudiar las causas por las cuales el hombre ha preferido en muchos pueblos la negación absoluta de la libertad, sometién-dose a una dictadura, en vez de continuar aceptando esta libertad en el sentido que le daba el liberal. Estas causas tienen su origen en la inadap-tación de tal término con las circunstancias actuales, las cuales dan al mismo un sentido negativo. La libertad en sentido liberal es para el hombre de nuestros días un obstáculo en vez de una solución. La libertad en el sentido liberal permitía al hombre, al individuo, seguir el camino que quisiese sin tener que rendir cuentas a nadie, socialmente era un irrespon-sable. La responsabilidad era sólo personal, no respondía más que ante sí mismo de lo que de sí mismo había hecho. La sociedad y el Estado no eran sino instrumentos de sus intereses. "Cada hombre miraba por sí mismo contra los demás, sin cuidarse de qué clase de sociedad saldría del caos de estas actividades en lucha y de estas responsabilidades personales limitadas."

Sin embargo, esta competencia basada en el logro del mayor provecho individual condujo a los individuos a una cada vez más constante desindi-

EL TRIMESTRE ECONOMICO

vidualización hasta llegar a nuestra época en que se han encontrado forzados a sacrificar un conjunto de intereses particulares, subordinándose a intereses más amplios. "Por una parte —dice Mannheim— la técnica de la gran industria obliga a los que poseen propiedad individual a renunciar a su actitud de competencia respecto a los demás, a unir sus capitales y a formar empresas y organizaciones industriales cada vez mayores." El individuo se da cuenta que en la medida que va renunciando a intereses particulares en provecho del grupo, se salva él mismo como miembro de este grupo. El mismo principio individualista que llevó al hombre a la competencia le lleva ahora a preocuparse por la sociedad, a tomar un punto de vista más amplio, más allá de sus particulares intereses, al servicio de un interés más general, el de la conservación. El hombre ya no se siente seguro abandonado a su propia responsabilidad, limita su libertad personal a cambio de una mayor seguridad, se va adaptando a cada vez mayor número de planeamientos sociales.

Esta transformación de las circunstancias sociales no ha querido ser vista por las democracias, las cuales se empeñan en, muchos casos en mantener una situación que no corresponde a dichas circunstancias. De aquí que crea Mannheim que sea menester que las democracias se adapten a estas nuevas circunstancias. La planificación social es inevitable, el hombre necesita de ella; pero hay que evitar que esta planificación se vuelva contra el hombre en vez de servirle. Para su seguridad necesita el hombre de un ordenamiento social; pero sin que quiera decir esto que el hombre ha de convertirse en instrumento de fines que le trascienden. Hay que ordenar la sociedad para salvar al hombre. En una palabra, hay que planificar para la libertad. Y esto es menester que lo realicen las democracias racionalmente y no esperar a que fuerzas irracionales lo hagan aplastando al individuo que busca en ellas su salvación.

Mannheim invita a un nuevo racionalismo, quiere que la razón vuelva a ser utilizada para resolver los problemas del hombre. Pero esta vez se trata de un racionalismo responsable, que no abandone las circunstancias, sino que trabaje sobre ellas. Se trata de la aplicación de un racionalismo práctico, no de un racionalismo que abandone la realidad construyendo castillos en las nubes. Es este tipo de racionalismo práctico el que debe utilizarse para resolver los nuevos problemas sociales. La planificación u ordenamiento de la sociedad debe hacerse conforme a este tipo de razón. Una planificación social que pretenda al mismo tiempo salvar la esencia del individuo, salvar al hombre, no puede ser una planificación rígida, sino el resultado de una continua experimentación, de continuas adaptaciones. No se puede pretender ordenar de una vez y para siempre, es menester ordenar sin detener la marcha de la realidad social. Se debe planificar en

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

la misma forma que si se tuviese que componer la rueda de un carro estando éste en marcha.

Ahora bien, una de las primeras tareas para salvar al hombre, es la de adaptar al hombre a las nuevas circunstancias. "Sólo rehaciendo al hombre mismo será posible la reconstrucción de la sociedad." La historia nos muestra cómo al cambiar las circunstancias cambia el hombre; sin embargo, uno de los problemas más graves de nuestros días es el de la inadaptación del hombre con sus circunstancias, lo cual le ha conducido a un estado de desorientación absoluta. Y es que, debido a su cada vez más perfecta técnica, las circunstancias se han modificado en una forma prodigiosa; sin embargo, la naturaleza humana se encuentra en un gran retraso respecto a este adelanto técnico. La técnica ha avanzado más que la moral; el hombre no se encuentra moralmente a la altura de su poder técnico. Hemos visto cómo debido al industrialismo se ha encontrado forzado a agruparse tratando de salvar intereses que le son particulares, aunque haya tenido que ir sacrificando poco a poco tales intereses. El fascismo es un claro ejemplo de esto, el cual ha sido apoyado y formado por individuos que pretendían salvar intereses particulares los cuales consideraban amenazados por la cada vez más creciente organización obrera; sin embargo, tales intereses fueron a su vez absorbidos por el fascismo. El hombre sigue siendo moralmente un hombre del siglo XIX, que sigue concibiendo la libertad como un *dejar hacer*; es un irresponsable social, que aún sigue considerando la sociedad como un instrumento de sus intereses. Es este tipo de atrasado moral el que se encuentra inserto en una circunstancia que no favorece tal individualismo. Mannheim considera que hay que adaptar al hombre a las nuevas circunstancias, que hay que ponerlo moralmente a la altura de éstas.

Para tal fin hay que utilizar una serie de controles sociales que vayan adaptando al hombre a dichas circunstancias. De las dictaduras totalitarias se pueden adoptar muchos de sus sistemas, sólo que puestos al servicio de los fines propios del hombre y no al servicio de fines que le son ajenos. Las dictaduras totalitarias han puesto en juego una serie de mecanismos con los cuales han logrado guiar los instintos del hombre de acuerdo con los intereses perseguidos. Por ejemplo, lograron cuando así convino a los intereses de los dirigentes nazis, que los alemanes que odiaban a los polacos contuviesen este odio para despertarlo más adelante. O bien, después de una prolongada campaña anticomunista transformaron los ánimos del pueblo alemán en el sentido de una colaboración con los soviets, para luego volver a despertar el odio con ellos. Mannheim se pregunta si con estas técnicas no se podría hacer que el hombre amase la paz y odiase la guerra.

Mannheim hace hincapié en que no debe confundirse una dictadura totalitaria con una sociedad planificada. Una dictadura no es ningún remedio, sino que equivaldría a querer curar a un niño prohibiéndole que lllore. Las

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

dictaduras suprimen toda queja, toda crítica; callan los males de la sociedad pero no los curan. El hombre protesta porque se siente inseguro, la dictadura lejos de ofrecer la seguridad anhelada organiza la inseguridad conduciendo las fuerzas de la desesperación hacia los fines que convienen al dictador y sus secuaces: persecución contra los judíos, contra las organizaciones obreras, contra las distintas religiones, y finalmente la guerra. En una sociedad planificada no se acallará la crítica, lo único que se evitará es la crítica irresponsable. La crítica deberá ser hecha por los capacitados para ello: comisiones de especialistas en las materias criticadas.

Sin embargo, cabe una pregunta, ¿hasta dónde debe llegar esta planificación si se quiere que sea planificación para la libertad? ¿Cuáles son sus límites? Mannheim contesta que sólo se deben planificar "aquellas esferas del progreso de las cuales depende que la sociedad funcione sin dificultades, pero tratando al mismo tiempo de no reglamentar aquellas que ofrecen más oportunidades para la evolución e individualidad creadoras. Se propone un nuevo tipo de democracia, una *democracia responsable*, en la cual la libertad tenga un nuevo sentido, el de derecho a la responsabilidad. La libertad como responsabilidad no se agota en un régimen de masas, todo lo contrario, "La responsabilidad crece a cada avance del curso de la historia y nunca ha sido mayor que hoy".—L. Z.

Eric ROLL, *Historia de las Doctrinas Económicas*. Trad. de Daniel Cosío Villegas y Javier Márquez. México; Fondo de Cultura Económica, 1942, 2 vols. 570 pp. \$ 10.00.

"En cierta ocasión un hombre prudente me dijo que nadie debería escribir un libro sobre la historia del pensamiento económico hasta los sesenta años" (E. A. J. Johnson, *Predecessors of Adam Smith*). El profesor Johnson no siguió el consejo y publicó su magnífica obra sobre mercantilistas ingleses. El profesor Roll hubiera escrito la historia del pensamiento económico que acaba de publicarse en español aunque se lo hubieran dado. Es una fatalidad que acosa a las frases sabias y ponderadas el que se citen con gran respeto y no se observen sus enseñanzas (afortunadamente).

El profesor Roll tenía algo que decir y no creyó necesario esperar hasta esa edad incierta para poner sus ideas en letras de molde. Además le parece que el peligro que corre la economía en manos de profesionales exclusivamente académicos es demasiado grave para no dar en seguida la voz de alarma. La economía se desliga de la realidad... todavía peor: cuando se ha demostrado que una tendencia se aparta de ella aún quedan autores que siguen refinando y añadiendo nuevas piezas a un edificio que ha demostrado su inutilidad. Esto no es lo que se debe hacer, se está perdiendo el tiempo, se están haciendo equilibrios y juegos malabares muy curiosos e in-

EL TRIMESTRE ECONOMICO

teresianes pero estériles; la gimnasia es sana porque capacita para la lucha, para la realización de cosas provechosas, pero si la fuerza que se ha adquirido con la gimnasia se emplea en cosas inútiles ya no es lo mismo, más aún si se pretende convencer de que los malabarismos son realmente útiles, algo más que una simple curiosidad. El libro del profesor Roll tiene mucho de alegato contra la llamada "economía neutral". No pretende hacer una simple descripción o resumen de las opiniones de una serie de autores, sino, al paso que examina cómo evolucionan las teorías y tendencias, descubrir cuándo la economía se ha apartado (a su modo de ver) de la realidad.

En economía no se puede echar "sobre la verdad desnuda, el tenue manto de la fantasía", y no se puede, sobre todo, porque los comienzos han logrado convencer a cierto número de personas (pobres ingenuos) de que en sus palabras no hay fantasía alguna, sino sólo realidad, y de que si sus ideas parecen muy abstractas es porque se han de remontar a las causas últimas de los fenómenos económicos y emplear un lenguaje al que se ha tenido necesidad de dar un significado distinto del que tiene en la vida diaria para ajustarlo a la precisión científica de la disciplina. Pero lo malo es cuando abstracción y realidad se divorcian.

Una de las tesis que guían al autor es el hecho de que las opiniones de los economistas (cuando tuvieron éxito) son un producto de su época, del medio en que se desarrollaron. Por ejemplo, no es concebible un List o un Müller en la Inglaterra del siglo XIX; el éxito de Smith se debe, entre otras razones, a que se ajusta a la filosofía social de su época, etc. Los grandes hombres no surgen porque sí, sin más ni más, y cuando un hombre "se adelanta a su época", ha de esperar que llegue el momento que le corresponde dentro de la historia para que su voz tenga sentido. En los clásicos se encuentran precedentes de muchas opiniones en boga hoy, pero hasta hoy precisamente nadie se había fijado en esa parte precursora de su pensamiento, en esa parte que no encajaba en las circunstancias que prevalecían en el momento en que escribieron.

El punto central del pensamiento del profesor Eric Roll es su inconformidad con la teoría o la tesis librecambista, con la idea de que el *laissez faire* es la mejor política. Puede haber una "mano invisible", pero, si la hay, no es una mano imparcial, no promueve el bien de todos, sino sólo de algunos. Según el profesor Roll, la teoría clásica, tal como la presentan Smith y Ricardo, y como exposición fiel de la realidad de una sociedad capitalista, no produce los resultados óptimos que estos y otros economistas hasta nuestros días han pretendido. Si Smith, Ricardo, etc., pudieron tener una visión optimista del mundo económico capitalista fué porque no llevaron su teoría a su conclusión última (esto fué lo que hizo Marx). Seguirse empeñando en sostener la teoría clásica, o, mejor dicho, el *laissez faire* (basado en el marginalismo o en otra teoría) porque promueve el bien de

EL TRIMESTRE ECONOMICO

todos, es defender una tesis cuya falsedad se ha demostrado hace ya tiempo. La teoría de la utilidad marginal es (para Roll) poco más que un subterfugio para sostener el *laissez faire* sin incurrir en contradicciones de la economía clásica y de la teoría-trabajo del valor. Roll ve en el profesor Hicks uno de los representantes últimos del malabarismo económico, de esos autores que aún se empeñan en refinar opiniones muertas, y en Sraffa, Joan Robinson y Keynes a los dirigentes de una nueva tendencia más sana que ha logrado desprenderse de la tiranía de las opiniones tradicionales para buscar por otro lado la solución a nuestros males económicos (estén o no equivocados en sus opiniones).

Del método y estructura de la obra hay que decir varias cosas, pero empezaré por citar unas palabras de la archiconocida *Historia de las doctrinas económicas* de Gide y Rist: "El progreso de las ciencias modifica la idea que nos hacemos de la ciencia. Hoy, igual que en otros tiempos, el sabio persigue la verdad. Pero la noción de verdad científica a principios del siglo xx ya no es idéntica a la que existía a principios del siglo xix..." A mediados del siglo xx ya no se puede tampoco seguir el criterio que Gide y Rist siguieron en sus comienzos. Otra observación de índole pedagógica: en muchas universidades se ha acostumbrado, y se acostumbra aún, enseñar historia de las doctrinas económicas antes o al mismo tiempo que la teoría económica, y cualquiera que haya estudiado economía durante algunos años nos dirá que la historia de las doctrinas económicas, al menos la que va desde los marginalistas hasta nuestros días, es del todo incomprendible sin una idea amplia de teoría económica general, a menos que se pretenda que el historiador del pensamiento económico haya de interrumpir continuamente su exposición para poner al lector al corriente de cosas que ya debería saber.

La amplitud del panorama teórico que presenta el profesor Roll dicta ya en buena medida la forma de exposición. La obra empieza con los profetas hebreos, la Biblia, los filósofos griegos, etc., y termina con las últimas obras de Keynes, de Hicks, de Sraffa, Joan Robinson y Chamberlin; es decir, que la última obra estudiada cuenta escasos cinco años. Así, las alternativas eran éstas: hacer una lista de autores y obras, por un lado, o seleccionar aquellos que son más representativos y que han ejercido mayor influencia. El primer procedimiento no tenía sentido y sólo quedaba el segundo. ¿Cómo está hecha la selección? Aquí podría empezar mi capítulo de murmuraciones, pero seamos justos y admitamos que cada autor tiene derecho, con un amplio margen de tolerancia, a su criterio respecto a lo que es más representativo e importante, y por ello a seguir su opinión respecto a los autores a estudiar y el espacio que debe dedicarles. Para mi gusto faltan algunos, para mi gusto no sobra ninguno de los que están, para mi gusto se ha dedicado demasiado espacio a unos y demasiado poco a otros. Esto

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

es muy vulgar, el autor tiene fijado por el perverso editor unos límites definidos, siempre muy escasos para las buenas ideas propias, siempre excesivos para las malas ideas de los demás.

Dos autores tienen su capítulo propio: Adam Smith y Carlos Marx, y nadie podría disputarles los dos lugares primordiales en la historia del pensamiento económico. John Stuart Mill tiene menos sitio del que ocupa en otros libros que pretenden cubrir la misma materia. Esto está justificado, sin duda, pues Mill tiene más de compilador que de pensador original. Los románticos alemanes ocupan un lugar destacado; es la reacción ante el liberalismo clásico en un país de condiciones económicas distintas a las inglesas. El estudio de Malthus se divide en dos partes: Malthus en tanto que "clásico" y Malthus como crítico de la posición librecambista y optimista. Senior ocupa un lugar más destacado que en otras historias de doctrinas, y esto no es sino seguir la tendencia del presente; los ingleses están concediendo cada vez mayor importancia a aquellos de sus autores que son menos ingleses. También se da a Pareto un lugar importante, etc.

Entre las novedades, y son muchas, están los capítulos primeros y últimos del libro. En los primeros se trata del pensamiento primitivo de Judea y los filósofos griegos pasando por los escolásticos hasta llegar a los mercantilistas. Estas etapas del pensamiento económico se estudian hoy con mucho más respeto que hace unos años. Gide y Rist no creyeron necesario empezar su obra antes de los fisiócratas, pero esto ya no es admisible. Como estos mismos autores dicen en la frase citada, "el progreso de las ciencias modifica la idea que nos hacemos de la ciencia"; hoy se considera que en sus albores el pensamiento económico no es *tan primitivo* como antes se consideraba, no sólo existen en él destellos luminosos, sino verdades que rigen en la actualidad (Robertson ha dicho de la economía de Keynes que es medieval). Esta parte de la historia ocupa, pues, un lugar importante dentro de la obra, y sobre todo no da la impresión de vacío absoluto que encontramos en el libro de Gide y Rist. En los dos últimos capítulos la novedad es aún mayor. El noveno se ocupa de la economía norteamericana, en aquello que tiene de original y típico, se estudian varios autores, pero el lugar de honor lo ocupan Clark y Veblen, sobre todo el segundo, a quien el profesor Roll casi llega a comparar con Adam Smith. Y el último capítulo, el décimo, presenta, junto con la conclusión, un panorama de la posición actual de la ciencia y enjuiciamiento de las tendencias de los economistas de hoy.

Estamos en presencia de un libro de texto para estudiantes que hayan cursado teoría económica general, pero también de un libro de lucha, escrito con el calor de una convicción humana profunda: que la economía debe, como todas las ciencias, estar al servicio de la humanidad, que no debe ser sólo un ejercicio estéril. Que como ciencia útil debe proporcionar respues-

EL TRIMESTRE ECONOMICO

tas a los problemas apremiantes del día. Es obra apasionada, pero por estar escrita por un hombre de estudio el apasionamiento no llega nunca a la arbitrariedad. Podría señalar bastantes puntos que a mi modo de ver son discutibles, pero ni aquí hay sitio para hacerlo, ni es esa la tarea que me he impuesto. He tratado sólo de presentar la obra a los lectores de habla española. Creo con toda sinceridad que el libro del profesor Roll llena un vacío muy importante en nuestra literatura económica, y es, que yo sepa, la única obra que cubre un período tan amplio con tan buen criterio. No es libro de *lectura* sino de *estudio*.—J. M.

P. T. ELLSWORTH, Profesor de la Universidad de Cincinnati: *Comercio Internacional* (International Economics). Versión española de Javier Márquez y Víctor L. Urquidí, 2 vols.: *I. Teoría*, 1-312 pp.; *II. Política*, 313-612 pp. México, Fondo de Cultura Económica, 1942. \$ 10.00.

En estos tiempos en que el autarquismo está a la orden del día, sea por razones militares en unos países, por otros motivos en los demás, es sumamente importante que el mundo se dé cuenta cabal del sacrificio económico que significa una política de autosuficiencia, y es igualmente importante que se conozcan las razones por las que la política contraria, la libertad de comercio, redundará a la larga en mayor bienestar económico. El comercio internacional no es un fenómeno fortuito y artificial al que recurren los pueblos cuando tienen algún excedente de producción que pueden cambiar por otras cosas que necesiten del extranjero. En el fondo no es más que la consecuencia lógica, en un plano internacional, de la división del trabajo o especialización; es una actividad económica exactamente igual al intercambio que se realiza dentro de las fronteras de un país. Nadie niega que en la vida económica la división del trabajo no traiga sino beneficios para la humanidad. Los hombres de estado, los hombres de negocios, los intelectuales y estudiosos de todas las ramas del pensamiento humano, e incluso los mismos trabajadores y la gente que no ha tenido la oportunidad de alcanzar una educación superior, no titubean en reconocer las ventajas de la especialización: que cada quien haga aquello para lo cual está mejor capacitado en vez de querer hacerlo todo, que cada región de un país se dedique a producir aquello que mejor le permiten sus recursos naturales y su capital en vez de producir todo lo que consume, y así sucesivamente. Sin embargo, estos mismos individuos que se muestran tan compenetrados de los beneficios de la división del trabajo son casi siempre los primeros en negar al comercio internacional las facilidades que éste exige para que se puedan lograr los efectos benéficos de la especialización internacional.

En la teoría económica, la parte de ella que ha tenido que vencer más prejuicios ha sido la relativa al comercio exterior. Han tenido que transcu-

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

rrir más de ciento cincuenta años para que en los libros y escritos sobre teoría se reconociera que la del comercio internacional no es una cosa aparte, sino que está perfectamente integrada dentro del cuerpo general de doctrinas económicas. Quizá el mayor servicio que se le ha hecho a esta teoría ha sido la publicación, hace escasos diez años, de la célebre obra de Ohlin, *Interregional and International Trade*, seguida poco después de *El Comercio Internacional* de Haberler. En ambos se reconoce con toda claridad que, fundamentalmente, no cabe hacer ninguna distinción entre el comercio internacional e interregional (comercio interior), y queda firmemente establecido que la mayoría del comercio es un aspecto de la teoría del equilibrio general, que lo que pretende es tener en cuenta el factor espacio y que no es necesario que descansen en la teoría-trabajo del valor. El que el mundo esté dividido en numerosos países y el comercio sea a veces internacional y a veces interior no es más que un accidente histórico-político; para comprender a fondo el problema conviene olvidar las barreras nacionales y considerar al mundo como un todo, como una entidad en que los recursos naturales están distribuidos de manera desigual, en que la movilidad de los factores de la producción es imperfecta, más en unos lugares y en unos momentos que en otros, y en que los medios de comunicación se transforman, y ponen en contacto íntimo regiones antes muy apartadas. Sólo en este plano se puede comprender lo que es el comercio, por qué se lleva a cabo y qué ventajas se derivan de él. Una vez entendido este fundamento teórico, se puede proceder sin ningún tropiezo ni vacilación a estudiar los aspectos monetarios y políticos que son los únicos que justifican que dentro de los numerosos cursos que tiene que seguir el estudiante de la ciencia económica se encuentre uno titulado Comercio Internacional, pues de otra manera este tema sería tratado como un aspecto de la teoría del valor cuya característica sobresaliente fuese la explicación de los precios en más de un mercado. En la práctica, por supuesto, son justamente los aspectos monetarios y políticos los que tienen más interés tanto para el economista en su capacidad profesional, como para el hombre de estado y el hombre de negocios; pero es inútil pretender resolver problemas de esta índole si se carece de una base firme —el razonamiento teórico— que permita apreciar la significación y las consecuencias de las medidas que se adopten.

Esta obra del profesor P. T. Ellsworth, de la Universidad de Cincinnati, viene a agregarse a numerosos libros de texto que tratan de la teoría y práctica del comercio internacional. En el idioma castellano existen ya obras de autores de reconocida fama, obras de las que no puede prescindir ningún economista o estudiante especializado en esta materia. Pero lo que nos presenta Ellsworth no es una obra más, sino una que viene a llenar un hueco apreciable en la literatura sobre el tema. Es más que un libro introductorio, y sin embargo, no trasciende los límites de la comprensión fácil.

EL TRIMESTRE ECONOMICO

Fruto de largos años de enseñanza, procura una síntesis del estado actual de la teoría del comercio internacional; ni entra en controversias, ni se circunscribe a reproducir sin criterio las opiniones de otros. El autor, aun reconociendo que "ni el mejor libro de texto suple del todo el conocimiento directo de las ideas tal como las exponen sus autores", está convencido de la utilidad de un texto bien organizado y sistemático, en el que se reúnan los elementos básicos que permitan comprender los fenómenos que caracterizan a las relaciones económicas internacionales. Puede afirmarse sin duda alguna que la labor de síntesis y exposición lograda por Ellsworth no ha sido igualada hasta la fecha, ni en la parte dedicada a teoría ni en la que trata de la política del comercio internacional.

En vista de la inestimable aportación de Ohlin, es natural que la influencia de éste se deje sentir en la exposición de la teoría moderna del comercio. Tras un breve capítulo en que se traza el desarrollo histórico de la teoría del comercio internacional, desde los mercantilistas, pasando por Hume, Smith, Ricardo, etc., hasta Bastable, Nicholson y Marshall, se expone la teoría llamada neo-clásica (de Taussig) de los costes comparativos. Las deficiencias de ésta, sobre todo en lo que respecta a sus supuestos y limitaciones, conducen lógicamente a la formulación moderna de la teoría del equilibrio general, para la cual se sigue a su expositor más destacado, Ohlin, en su aplicación "al caso de mercados numerosos, pero interrelacionados... precisamente la situación que plantea el comercio entre naciones, o, para el caso, el comercio entre diferentes regiones dentro de un mismo país". Dos extensos capítulos se ocupan de este tema, que comprende un examen analítico de los factores de la producción en su relación con el comercio internacional y comprende asimismo los elementos de una teoría general de la localización. El análisis pasa de lo sencillo a lo complejo por etapas completamente lógicas y fáciles de comprender, sin recurrir a complicados diagramas ni expresiones matemáticas.

Ahora bien, el comercio internacional tiene para los economistas un significado mucho más amplio que el de un simple intercambio de mercancías. Quien esté compenetrado de la teoría, sabrá que el movimiento de mercancías y el de factores de la producción son sucedáneos el uno del otro. Así, el capital, como factor de la producción, junto con el trabajo, se traslada de una región a otra, de un país a otro, modificando la naturaleza misma del comercio, puesto que altera la distribución especial de los factores de la producción. Por consiguiente, al pasar a estudiarse el aspecto monetario del comercio, hay que hacerlo en forma integral, examinando todas aquellas operaciones o transacciones internacionales que influyen en el valor de la moneda, sean intercambio de mercancías, de servicios, movimientos de capital o cuestiones de otra índole. Y es precisamente éste el criterio de Ellsworth en sus capítulos sobre el cambio exterior y los factores

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

que influyen en él. En la práctica cuán deprimente es observar la facilidad con que se olvidan los vínculos que existen no sólo entre los fenómenos económicos de carácter internacional y los relacionados con la actividad interna —cosa muy frecuente— sino, en el comercio internacional mismo, entre los movimientos de mercancía y los de capital. Todo ello, que gira alrededor del concepto de equilibrio internacional —equilibrio entre una economía y el resto del mundo— y se relaciona con la importante cuestión del tipo de cambio o valor externo de la moneda, está tratado magistralmente en los últimos cinco capítulos del tomo I: lo que son los cambios sobre el exterior, los factores que los determinan, el mecanismo de los pagos internacionales, la balanza de pagos y los ajustes a los desequilibrios internacionales tanto en régimen de patrón oro como en régimen de papel moneda. En particular, sobresale la clara exposición de los ajustes a los movimientos internacionales de capital, asunto que se encuentra disperso en un gran número de libros y artículos y sobre el cual se han suscitado largas controversias.

La parte segunda de la obra (tomo II), trata en su mayor parte de los problemas prácticos de política a que da lugar el comercio internacional, manteniéndose la exposición siempre ligada a los principios teóricos que permiten evaluar las ventajas o desventajas de tal o cual política comercial, sea ésta la del estado (aranceles y otras barreras al comercio) o particular (la política de los monopolios internacionales de materias primas, etc.). Es decir, trata de la *intervención* en el comercio, entendiéndose por ello toda clase de medidas tendientes a impedir que el intercambio entre las naciones y los movimientos de capital sigan su curso normal. Ellsworth profesa el robbinsismo, la imparcialidad o neutralidad de la ciencia económica, y por eso asienta (cap. I, tomo II) que no corresponde al economista asumir el papel del hombre de estado o del filósofo social; pero hace notar que en tanto el objetivo perseguido por la nación pueda lograrse a través de medios económicos, compete al economista indicar cuáles de éstos han de resultar más eficaces. De aquí que deba examinar las ventajas o deméritos de, por ejemplo, el proteccionismo arancelario o el control de cambios como manera de lograr determinados fines, cualesquiera que sean éstos y deba ofrecer diversas soluciones al problema. Precisamente en la controversia librecambio *vs.* proteccionismo es donde se pone de relieve la necesidad de definir el objetivo de la política económica, y dado éste, juzgar por qué medios se logra con menos sacrificio económico —para lo cual el economista necesita conocer los instrumentos analíticos del caso.

Mas este problema trasciende los linderos de la política comercial propiamente dicha y en realidad es el mar de fondo de la política monetaria internacional. Las armas de índole monetaria —sobre todo en lo que concierne a la fijeza o variabilidad de los tipos de cambio— tienen quizá mayor influencia que las medidas arancelarias sobre la naturaleza del comer-

EL TRIMESTRE ECONOMICO

cio internacional y la corriente de inversiones a largo plazo. A partir de la primera guerra mundial, el nacionalismo monetario, casi desconocido con anterioridad, pasó en todos los países a ser una de las principales preocupaciones de los gobiernos, pudiendo decirse que contribuyó en forma no despreciable a la formación del sentimiento autárquico o autosuficiente, y, finalmente, a la nueva guerra que azota a la humanidad. Por tanto, es de mucha importancia observar la incompatibilidad del nacionalismo —económico, monetario o de otra clase— con el principal objetivo de la actividad económica en general, que es la satisfacción de la multiplicidad de deseos y necesidades del hombre por medio de la producción de bienes y servicios. Si la producción resulta mucho más abundante y eficaz recurriendo, entre otras cosas, a la división internacional del trabajo o especialización, es evidente que el nacionalismo, con su cohorte de artificios mercantilistas y reliquias medievales de reglamentación del comercio, “desprestigiadas a través de 500 años de teoría y dura experiencia, extraídas nuevamente de la buhardilla y aclamadas como si fueran el producto del pensamiento iluminado más reciente” —como exclama Robbins en *The Great Depression*—, es contrario a la consecución del máximo bienestar económico. Luego, al estudiar todas estas trabas al comercio hay que tener en cuenta —y lo tiene presente el autor— la tremenda contradicción que implican y las limitaciones que imponen al progreso humano y social; pero sin olvidar que, dado el nacionalismo económico que existe en el ánimo de los gobernantes del mundo, atañe al economista ocuparse de las medidas relacionadas con él.

El lector encontrará que Ellsworth examina con mucha amplitud los argumentos proteccionistas y librecambistas, y, entre los primeros, distingue con acierto entre los falsos (de los que hay numerosos, ya que el proteccionismo es una idea de mucho arraigo y popularidad, tras de la cual se escuchan infinidad de intereses) y los que tienen cierta validez a la corta. Dado que la cuestión del proteccionismo ha tenido en Estados Unidos una prominencia política indiscutible, es natural que de allí haya emanado buen número de escritos sobre la materia, sobresaliendo las obras de Tausig, a las que se hace referencia frecuentemente. Después de la primera guerra mundial, y sobre todo a partir de la crisis de 1929, surgieron nuevos argumentos proteccionistas, de corto plazo también, propuestos como remedio a la desocupación; se examinan con detenimiento, aprovechándose en el análisis el concepto relativamente nuevo del multiplicador. Varios capítulos tratan de los efectos económicos de los aranceles, la naturaleza de las tarifas arancelarias, la protección administrativa y la negociación de tarifas y tratados de comercio.

Prueba evidente de lo completo de la obra es el examen de los problemas y modo de proceder de los monopolios en el comercio internacional,

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

siguiendo los lineamientos chamberlinianos de concurrencia monopolística o imperfecta. Igualmente los capítulos dedicados a los contingentes de importación, el *dumping*, el control de cambios, los acuerdos de *clearing*, etc., contienen, además de los aspectos descriptivos y las opiniones acerca de la eficacia de estas medidas, los fundamentos teóricos que permiten analizar sus efectos y explicarlos. Cabe agregar que, casualmente, el autor toma como ejemplo a México al estudiar, en un breve apéndice al tomo I, ciertos factores que intervienen en el mecanismo de ajuste de la balanza de pagos cuando se modifican los supuestos acerca de las elasticidades de la demanda y la oferta.

Al final de cada capítulo se encuentra una lista bien amplia de obras de consulta, y en el mismo texto se hace referencia a los libros más importantes sobre la materia, de suerte que el estudioso del comercio internacional, una vez dominado un libro como el presente, pueda lanzarse a profundizar en la especialidad que le interese.

A. C. PIGOU, profesor de la Universidad de Cambridge: *Teoría y realidad económica*. Trad. de Samuel Vasconcelos. México, Fondo de Cultura Económica, 1942; 152 pp. \$ 3.00.

En *Teoría y realidad económica* el profesor Pigou aparece bajo un aspecto más humano que en todas sus otras obras. Habla el hombre que sabe reír y que ve las cosas como ciudadano de un país, que comenta su política y sus yerros. Son los grandes temas de la vida económica de toda nación (de otro modo no hubiera tenido tanto interés este librito) comentados por un gran teórico, desde luego el primero de la escuela de Cambridge y también de los más destacados de hoy en todas las tendencias.

Detalles aparte, la obra tiene dos puntos de especial interés: en primer lugar, entra dentro de la mejor tradición inglesa, desde Mill (el hijo) hasta hoy, admitir limitaciones moderadas al libre comercio, pensar que la aplicación radical de los principios liberales de la competencia no produce siempre un resultado socialmente justo y que por ello se precisa introducir limitaciones al libre juego de los egoísmos individuales, y esta tendencia ha culminado en una clase especial de teoría económica que se ha bautizado, siguiendo el título de una de las monumentales obras de Pigou, con el nombre de "Economía del Bienestar". El libro que aquí nos ocupa presenta los resultados de esa tendencia teórica cuando sus partidarios se enfrentan con la vida real. En segundo lugar, Pigou es un teórico cien por ciento; él mismo, en esta obra, se queja de no haber vivido en un contacto tan estrecho con la realidad como hubiera sido de desear y cita no sin cierta envidia a Marshall, quien "en cierta ocasión me dijo [a Pigou] que si le hubieran colocado en una isla desierta, creía que podría haber dibujado la

EL TRIMESTRE ECONOMICO

gran mayoría de las máquinas importantes de uso habitual, con excepción de las eléctricas. Acostumbraba ir a las fábricas y estudiar el trabajo que se hacía hasta poder adivinar, con aproximación de pocos chelines, el tipo de salario que ganaban los hombres que veía"; en *Teoría y realidad económica* podemos apreciar cómo reacciona ante la política real un teórico. Muchos que sienten gran desprecio por los economistas de gabinete habrán de reconciliarse con ellos en vista de los resultados; verán que la teoría y la realidad económica no están tan divorciadas como creían, y que los economistas aún tienen derecho a que se les escuche cuando se debaten los problemas de la vida diaria.

Pigou opina que las ciencias no se justifican sólo en la busca del conocimiento por sí mismo. "El profesor A. V. Hill, nos cuenta que después de haber dado una conferencia en Filadelfia, titulada 'El mecanismo del músculo', fué desafiado por un indignado oyente de edad madura a que explicara la utilidad que encontraba en su intrincada investigación en la ciencia de la fisiología. Su respuesta fué: 'Para decir la verdad, no la hacemos porque sea útil, sino porque es divertida'" (p. 11). Según Pigou, aunque la justificación de la economía está en su utilidad práctica, esto no quiere decir que el economista deba limitarse a los problemas prácticos; el punto esencial es que lo que a algunos parece muy desligado de la realidad, como las investigaciones del profesor Hill, tienen de hecho una conexión auténtica con ella.

El profesor Roll, en una obra recientemente traducida al español, dice que "toda la teoría del profesor Pigou, con su distinción entre producto neto marginal privado y social, representa un puente entre Marshall y las conclusiones de la teoría de la competencia imperfecta". Keynes, por su parte, le clasifica entre los "clásicos", pues opina que, cualquiera que sea la diversidad de sus teorías, existe una línea analítica clara en toda la economía inglesa desde Smith y Ricardo hasta nuestros días, y Pigou es, según él, la persona que ha logrado sacar conclusiones más revolucionarias sin abandonar los cimientos de la economía "clásica" (en su sentido). Desde luego, Pigou es el blanco principal de los ataques de Keynes. Como quiera que sean las cosas, lo cierto es que el gran economista de Cambridge no es considerado por nadie como persona desligada de la realidad, y este libro que ahora aparece en español pretende estudiar los grandes temas de la política económica a la luz de la teoría: economía y desperdicio; la balanza comercial; inflación, deflación y reflación; intervención estatal y *laissez faire*; economía de las restricciones.

La segunda conferencia ("Economía y desperdicio") examina el problema de cómo se emplean los recursos productivos de la comunidad; problema que entraña el de la proporción del ingreso que los particulares dedican respectivamente a consumo y a inversión. También entra aquí, en

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

primer plano, el tema de la bondad de las campañas de economías de las entidades u organismos públicos en época de depresión, las consecuencias de la rigidez de los salarios, etc.

En la tercera conferencia, sobre la balanza comercial, Pigou empieza por exponer los inconvenientes que se han derivado de la posesión de estadísticas del comercio internacional: que su volumen se tome como medida de la prosperidad: "La isla de Utopía, que el último año exportó un plátano, este año exportó tres; su comercio ha aumentado el 200 por ciento, mientras que el de Inglaterra, pobres degenerados, sólo ha aumentado, digamos, el 5 por ciento." Esta es la forma en que el autor combate falacias muy en boga aun hoy en muchos países. El concepto de balanza comercial, con su corolario del deseo de oro, aparece también ilustrado con la misma soltura mediante una anécdota: "Hace aproximadamente 30 años cayó esta idea [que la diferencia entre exportaciones e importaciones se paga con oro] con gran estruendo sobre un Primer Ministro de Nueva Zelanda, un tal señor Seddon, de inolvidable memoria, quien informó al mundo, no como una cuestión teórica, sino como un duro hecho práctico, que por cada libra esterlina de exceso en las importaciones sobre las exportaciones británicas en cualquier año, se enviaba al extranjero una libra de oro. Si hay alguna persona aquí que desee hacer dinero de la prensa popular, que escriba un artículo con fotografías ilustrativas calculando el volumen cúbico de oro y el número de toneladas de peso que se han sacado de las minas británicas de oro y que hemos perdido en los últimos cien años por este procedimiento insidioso" (pp. 58-59).

Un problema más arduo y más palpitante hoy es el que se examina en la cuarta conferencia: "Inflación, deflación y reflación". De estos tres puntos es al último al que dedica mayor atención, es decir, a la política encaminada a hacer que los precios vuelvan a un nivel previo que se perdió por alguna causa, y lo estudia "desde el punto de vista del mejoramiento social". Empieza, a este respecto, examinando las perturbaciones que ocasiona un descenso brusco de los precios y cuándo estas variaciones son malas y cuándo no lo son. Cuándo hay un motivo sólido para desear volver a su nivel de precios, más alto anterior y cuándo no. Según Pigou, "la reflación es . . . un remedio fulminante, y si no se toma hay que hacer ajustes que traen consigo grandes zozobras y sufrimientos. El propósito del remedio consiste en hacer innecesarios tales ajustes. No tiene sentido esperar a que se hayan hecho para administrarlo" (p. 96).

La quinta conferencia, "Intervención estatal y *laissez faire*", trata de la actitud de los economistas hacia la intervención del estado, del amplio problema de qué clase de actividad económica deben realizar los gobiernos (p. 105), y aquí aparece mejor que en ninguna otra parte lo que hay de innovador en la obra de Pigou, cómo hace compatible su teoría económica

EL TRIMESTRE ECONOMICO

fundamental con un cierto grado de control. Y esta conferencia se completa con la que cierra el libro: "Economía de las restricciones". Es ésta una charla llena de vida y de fuego, donde el hombre y el economista se enfrenta con los males de una libertad económica total, con el monopolio, por ejemplo. Con el examen riguroso del economista se mezcla la anécdota chispeante y el calor del hombre que siente la vida.

Y he dejado para lo último la presentación de la primera conferencia, porque su tono y contenido me parecen mejores para cerrar estas líneas. Se hace la "Apología del economista". ¿Qué clase de persona es el que cultiva la economía? ¿Cuáles son sus limitaciones, su misión? Los recuerdos de la larga carrera científica de Pigou chispean con una gracia inimitable por estas páginas. He aquí una: "Escribí apresuradamente en *The Times* algo acerca de un proyecto de legislación que implicaba un punto de análisis económico. El Primer Ministro de entonces, a quien, sin duda, había informado su secretario que mi argumento era favorable a su política, pronunció un discurso en el cual salió a relucir, para admiración de todos, 'el gran economista de Cambridge'. Ocurrió que la opinión del secretario del Primer Ministro de que mi argumento apoyaba su política estaba equivocada, y me vi en la triste necesidad de señalarlo, por lo cual, en el siguiente discurso de aquel hombre eminente, desapareció 'el gran economista de Cambridge' y en su lugar surgió ese 'simple teórico académico'."

La observación aguda de las estadísticas le da ocasión a este otro pasaje: "Las cifras del censo de Inglaterra y Gales para 1921 registran la existencia de 7.450,000 maridos no viudos ni divorciados y de 7.590,000 esposas no viudas ni divorciadas; esto es: un exceso de 140,000 en el número de esposas sobre el de maridos. Solamente una conclusión es posible: en ese momento debe haber habido en este país no menos de 140,000 maridos con dos mujeres cada uno o, monstruo inconcebible y repugnante, ¡un marido con no menos de 140,000 mujeres! Para el censo de 1931, debido, sin duda, al tratamiento brutal que recibían, 26,000 mujeres del monstruo desaparecieron de su harén."

No podemos por menos de citar también sus nobles palabras, que une a las de Marshall, sobre la actitud que debe tener el estudiante de economía ante la vida: "Es natural que un joven tenga la ambición de desempeñar un papel importante en asuntos trascendentales y puede ser mucha la tentación de hacer ligeros ajustes en sus puntos de vista económicos, de tal manera que concuerden con la política de uno o de otro partido. Como economista conservador, liberal o laborista, tiene muchas más oportunidades de colocarse cerca del centro de acción que las que tiene como economista sin adjetivos. Pero para el estudiante el ceder a esa tentación es un crimen intelectual, es vender su primogenitura en el templo de la verdad

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

por un plato político de lentejas. Más bien debía apuntar y tener siempre presentes las dignas palabras de Marshall: 'Los estudiantes de ciencias sociales deben temer la aprobación popular; cuando todo el mundo los alaba, el mal está con ellos. Si hay algún conjunto de opiniones por la defensa de las cuales un periódico puede aumentar sus ventas, entonces el estudiante... está obligado a insistir en las limitaciones, defectos y errores, si los hay, de ese grupo de opiniones, y nunca defenderlas incondicionalmente, aun en discusiones *ad hoc*. Es casi imposible que un estudiante sea un verdadero patriota y al mismo tiempo goce de la reputación de serlo' " (pp. 15-17).

Lester V. CHANDLER, Profesor en el Ambert College: *Introducción a la Teoría Monetaria*. Trad. esp. de Manuel Jiménez. México, Fondo de Cultura Económica, 1942; 312 pp. \$ 4.00.

Hace algunos años Fondo de Cultura Económica publicó un pequeño tomo de D. H. Robertson, entonces profesor en la Universidad de Cambridge, titulado *Moneda*, libro que constituía a la sazón una de las mejores introducciones al tema. Agotada recientemente la edición, se pensó en dar a conocer alguna otra obra del mismo tipo, a la vez más moderna y más completa. La teoría monetaria ha evolucionado considerablemente desde la época en que Robertson escribió su manual, e incluso las ideas de este mismo autor han sufrido modificaciones importantes a la luz de las aportaciones de Keynes y otros al pensamiento económico contemporáneo. La obra de Lester V. Chandler que se presenta ahora al mundo de habla española abarca en escasas 300 páginas los principios de teoría monetaria que son indispensables para pasar posteriormente al estudio de los tratados más amplios y comprende los elementos de teoría del ciclo económico que es necesario dominar antes de abordar las teorías de Keynes, Hayek, Harrod, Hawtrey, etc., etc.

Chandler, profesor en Ambert College, ha comprendido el problema del estudiante de teoría monetaria, quien necesita más que nada una introducción breve en que se evite la polémica y en que a la brevedad se agreguen sencillez y claridad en la exposición. Publicada por vez primera en 1940, su *Introducción a la Teoría Monetaria* ha merecido la aprobación de las principales revistas económicas de Estados Unidos e Inglaterra, así como la de incontables profesores universitarios. Fondo de Cultura Económica abriga la esperanza de que su versión española constituya una aportación acertada y oportuna al desenvolvimiento de los estudios económicos en el continente americano.

El defecto de la mayor parte de los libros de texto sobre teoría monetaria es, al decir del autor, a veces su brevedad excesiva, otras el hecho de dar a las teorías el carácter de conclusiones en vez del de instrumentos de aná-

EL TRIMESTRE ECONOMICO

lisis y otras más la exageración de las diferencias de terminología, énfasis o método. De aquí el origen de este manual introductorio, que procura evitar todos estos escollos. Nada mejor que citar algunas palabras del prólogo.

“Este libro fué escrito y concebido porque el autor no lograba encontrar obras adecuadas para estudiantes de moneda y banca. Aunque muchos de los textos que existen sobre este amplio tema estudian satisfactoriamente la historia, estructura, mecánica, leyes y estadísticas de los sistemas monetarios y de banca, son, sin embargo, menos satisfactorios al tratar de lo que el autor considera el problema básico de un curso de moneda y banca: las relaciones entre el dinero y la actividad económica y el bienestar, es decir, lo que comúnmente se conoce con el nombre de teoría monetaria.

“La intención de este libro es marcar un rumbo intermedio entre la insuficiencia de los libros de texto corrientes y la dificultad excesiva, desde el punto de vista del principiante, de los trabajos más avanzados y polémicos.

“Asumiendo sólo un conocimiento elemental de teoría económica y del funcionamiento y bases mecánicas de los sistemas de moneda y banca, pretende demostrar los principios esenciales de los principales tipos de teorías monetarias modernas, e indicar brevemente cómo y hasta qué punto pueden reconciliarse y fundirse estas teorías. No constituye una historia de las teorías monetarias, y no pretende analizar las teorías expuestas por determinados economistas. Pretende, por el contrario, clasificar las teorías individuales en grupos generales, y presentar después lo que el autor considera ser la forma más exacta de cada grupo general de teorías. Para seguir este plan, más bien que indicar los puntos de divergencia ha sido necesario poner de relieve las zonas de coincidencia.”

Puede agregarse a esto que lo único que da por supuesto este libro es que el lector ha cursado ya el primer año de teoría económica general y que está familiarizado en cierta medida con el funcionamiento del sistema bancario. Por supuesto que no sólo el principiante sacará provecho de una obra como la presente, pues es también un excelente libro de repaso.

El primer capítulo, sobre el dinero y el proceso económico, trata de las funciones del dinero y su importancia en la economía, con especial referencia a los efectos de las variaciones de su valor, tanto sobre los precios y la producción como sobre la distribución de la riqueza. Se define el “valor” del dinero, es decir, su poder adquisitivo, y se incluye una breve sección sobre números índices, indicándose con toda claridad la relación inversa que existe entre el valor del dinero y los precios. El resto del libro expone las principales teorías del dinero.

El objeto de la teoría monetaria no es meramente la explicación del valor del dinero ni la definición de éste. Las nuevas escuelas de teóricos monetarios hacen hincapié en la influencia del dinero en la actividad económica no tanto desde el punto de vista del efecto sobre los precios como desde el

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

punto de vista del volumen de producción y el volumen de empleo. Esto es consecuencia lógica del desarrollo de la teoría económica general —en el cual si tiende a abandonar los supuestos de concurrencia perfecta y empleo completo— y de la necesidad de estudiar los fenómenos de corto plazo. La historia del período transcurrido entre ambas guerras mundiales ha demostrado quizá como nunca los efectos de los trastornos monetarios, surgidos muchos de ellos de la contienda misma; y hemos visto una intervención cada vez mayor del estado en el funcionamiento de los sistemas bancarios, en los mercados monetarios, de cambios y de capital, y en la actividad económica en general. De aquí que la teoría monetaria de más arraigo, la llamada cuantitativa, haya resultado insuficiente, conduciendo a la formulación de teorías más apegadas a la realidad de los fenómenos económicos.

No hay libro de texto, sin embargo, que no explique la teoría cuantitativa, cuando menos su forma fisheriana. La célebre ecuación $MV = PT$ ha venido a ser una especie de pasaporte al mundo monetario. Pero pocos se dan cuenta de que es un pasaporte de validez limitada, que requiere ser visado con mucha frecuencia antes de pisar tierras más desconocidas. En primer lugar, la opinión moderna está de acuerdo en que el orden de causalidad no sigue necesariamente de M , la cantidad de dinero, a P , el nivel general de los precios; en segundo, nada se nos dice de los cambios en las tasas de interés, a través de los cuales se afecta el volumen de producción; y en tercer término, el concepto de P exige ser definido con exactitud, reconociendo las salvedades necesarias. Aunque quizá sea exagerado achacarle a esta teoría, sobre todo a la ecuación de Fisher, el que no pase de ser una vulgar tautología (véase, por ejemplo, la crítica de Joan Robinson en su *Introduction to the Theory of Employment*), sí puede decirse que es un instrumento de análisis inadecuado, puesto que implícitamente supone que existe empleo completo en la economía. El lector de esta obra de Chandler hallará en los capítulos II y III una explicación amplia de la teoría cuantitativa y sus aplicaciones, así como de sus limitaciones. Además de la versión que el autor denomina "método de transacciones", se menciona al final del capítulo II una variante de aplicación más restringida: el "método de ingresos", que se ocupa únicamente de los precios de artículos de producción actual y no de todos los precios en general, usándose en este caso del término "velocidad-circuito" del dinero, a diferencia de "velocidad-transacción".

Como derivación de la versión fisheriana de la teoría cuantitativa, ha alcanzado gran aceptación, sobre todo en Estados Unidos, el método o punto de vista de "saldos monetarios", el cual tiene la ventaja de formularse en términos de oferta y demanda de dinero y de relacionar más claramente el proceso de la determinación del valor del dinero con las valuaciones subjetivas individuales. El lector familiarizado con la obra de Robertson, *Moneda*, reconocerá en el capítulo III de Chandler las características princi-

EL TRIMESTRE ECONOMICO

pales de este punto de vista, así como la ecuación $M = KTP$ con que suele expresarse.

Tras un capítulo dedicado a una explicación de las teorías-mercancía del dinero, cuya aplicabilidad es muy limitada, se pasa a la parte esencial de la obra: el punto de vista dinámico de "ingresos y gastos" desarrollado en su forma actual en los escritos de Wicksell, Aftalion, Schumpeter, Hawrrey, Robertson, Keynes y otros. Es ésta la teoría del dinero *moderna*, la que está edificada alrededor de una armazón lógica más aceptable y es de más utilidad en el análisis del ciclo económico. Procede directamente de la controversia, antigua de por sí, acerca de la suficiencia o insuficiencia de la demanda monetaria total para comprar toda la producción de que es capaz el sistema económico; y esto requiere un análisis de la naturaleza y origen de los ingresos, y de su utilización. De aquí el análisis dinámico y la definición de ahorro, atesoramiento, inversión, consumo, etc. El capítulo en que Chandler expone estos conceptos sintetiza en forma muy clara lo más esencial de esta teoría y constituye una excelente introducción a obras más avanzadas como las que se citan al final en el apéndice bibliográfico. El lector aún no familiarizado con el "multiplicador", concepto que forma parte tan importante de la teoría keynesiana, lo encontrará explicado con toda claridad en las últimas diez páginas del capítulo.

La relación del punto de vista de ingresos y gastos con la tasa de interés se hace ver en el capítulo siguiente, destinado principalmente al ciclo económico, tema cuya comprensión quizá revista más interés práctico que ningún otro. El autor no pretende exponer una teoría especial, sino más bien proporcionar una síntesis de las características más salientes del ciclo económico, haciendo notar los factores, tanto monetarios como de otra naturaleza, que influyen en él. Se destaca el efecto de las variaciones de la tasa de interés sobre la demanda de bienes de inversión, y se hacen ver los demás factores que afectan a esta demanda. En este capítulo se llega a la solución del problema que no explica la teoría cuantitativa, o sea el de las fluctuaciones de la producción y del volumen de empleo. El énfasis pasa de los precios al desnivel que puede existir entre el ahorro y la inversión. El estudio de este capítulo capacitará al lector para abordar una obra más compleja y extensa, como por ejemplo, la de Haberler, *Prosperidad y depresión*.

El capítulo final trata de los objetivos de la política monetaria. Aunque en último término el dinero debe ser neutral, o cuando menos debe dirigirse de manera a corregir los desajustes que pueda sufrir una economía, es necesario algún criterio inmediato de política monetaria que conduzca hacia el objetivo esencial. El autor considera brevemente las siguientes posibilidades, señalando las ventajas y desventajas de cada una: estabilización de la unidad monetaria en términos de alguna mercancía, estabilización del nivel

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

de precios, de la cantidad de dinero, de los gastos totales (MV), de la demanda monetaria de la producción corriente, y del ingreso monetario medio por unidad de factores productivos. Este capítulo, que termina con la advertencia de que no sólo con medidas monetarias se puede estabilizar la demanda total de la producción, no pretende agotar el tema ni mucho menos, sino servir de introducción a él.

La obra concluye con una amplia bibliografía sobre lo tratado en cada uno de los ocho capítulos de que consta.